

EN LA ERA DE LAS IDENTIDADES. A MODO DE PRESENTACIÓN DEL NÚMERO

Juan Carlos Velasco
Instituto de Filosofía - CSIC

ARBOR Ciencia, Pensamiento y Cultura
CLXXXII 722 noviembre-diciembre (2006) 000-000 ISSN: 0210-1963

"Los esquemas clásicos de pertenencia de cada uno a su medio, a su patria, a su nación y a su mundo están cambiado profundamente. [...] el interrogante, que en el fondo está marcando una época, en la que las esperanzas colectivas parecen haber desertado de la vida cotidiana, es el de la identidad, el de cómo ser uno mismo en un mundo en plena transformación".
(Sami Nair: *Y vendrán...*, Planeta, Barcelona, 2006, pág. 16)

Estamos en la era de la globalización y al mismo tiempo en un periodo histórico caracterizado por el regreso de las identidades colectivas al primer plano de la esfera pública. O dicho de otro modo: vivimos en un mundo cada vez más unificado y simultáneamente en un mundo en el que las múltiples y diversas identidades de grupo han cobrado una fuerza y una relevancia singular. El conjunto de procesos globalizadores, antes que nada de índole financiera, pero también social, política y cultural, se traduce en una primera instancia en una progresiva homogeneización de valores, referencias simbólicas, pautas, instituciones y comportamientos. Frente a esta tendencia uniformizadora, la reacción más frecuente y casi inevitable ha sido el culto del pluralismo, la reivindicación de la diversidad cultural, la mitificación de la diferencia y, en definitiva, el primado de lo particular. Por mucho que sus diversas partes estén crecientemente interconectadas, el planeta no se ha convertido en un solo mundo, si por ello entendemos un mundo sin distinciones internas y sin voces y sensibilidades contrapuestas. Quizás sea por ello que una de las mayores paradojas de nuestro tiempo estriba en que al tiempo en que se aceleran los procesos que encuadramos en aquello que se viene llamando globalización crece la heterogeneidad cultural interna de las distintas poblaciones. La tensión entre estas dos pulsiones contradictorias parece regir la escena social y política en los inicios del tercer milenio. En este contexto paradójico es en donde nos encontramos y conforma aquello que Hegel llamaría,

muy probablemente, el espíritu de la época (*Zeitgeist*). La coexistencia, en todos los niveles de la vida colectiva, de procesos que nos vinculan y nos hacen interdependientes junto con el enquistamiento de diferencias que parecen insuperables constituye una peculiaridad definitoria del mundo en el que vivimos.

Si alguna cultura auténticamente mundial puede llegar a persistir en el futuro inmediato, ésta probablemente sea la cultura digital, que actúa como una formidable fábrica generadora de discursos simbólicos, sonidos, emblemas, iconos, conocimientos, noticias, modas, sensibilidades e imágenes prefabricadas e instantáneas, desprendidas de cualquier contexto. Sin embargo, y pese a que esta cultura digital desterritorializada se expande sin cesar, no cabe hablar aún de la homogeneización del planeta en términos sociales y culturales como el resultado obtenido de las diferentes hornadas de globalización. Esto no sucede tan sólo en el ámbito sociocultural, pues bien poco es lo que se ha avanzado en la conformación de una conciencia política global: la idea de que la globalización conlleva la formación de una ciudadanía cosmopolita sin raíces culturales históricas, fundida en una armonía universal abstracta, es desmentida cada día por un mundo en que la gente se aferra a lo que entienden que son y quieren seguir siendo. Es más, el rechazo intransigente y la afirmación fanática de esa dimensión fundamental, la identidad colectiva, sea nacional, religiosa, territorial o étnica, representan las fuentes de

algunas de las tensiones más dramáticas en nuestro tiempo, hasta el punto que el marco sociopolítico de nuestras vidas está determinado, en gran medida, por la afirmación contradictoria de identidades colectivas. Esta apelación a las identidades se realiza no sólo en el contexto del nacionalismo político, de la revitalización y politización de las comunidades y tradiciones religiosas o de los conflictos geopolíticos reelaborados como conflictos civilizatorios, sino también en el ámbito de sociedades marcadas por la diversidad cultural originada particularmente por la proliferación de los movimientos migratorios. Con estos flujos masivos de personas emergen formas de vida transnacionales que traen consigo la aparición de identidades que traspasan las fronteras convencionales de los Estados. Ya sea por un motivo o por otro, puede afirmarse, sin exageración alguna, que casi ninguna sociedad contemporánea se libra de las enojosas cuestiones relativas a la identidad o de las tensiones relacionadas con la integración de las diferentes culturas e identidades.

Las identidades colectivas –y, en gran medida, también las individuales– son fundamentalmente el resultado de complejos procesos de construcción social. Afirmar esto implica aceptar que no se tratan de realidades naturales, sino de creaciones artificiales. Lejos de resultar espontáneas o innatas, las identidades han de ser consideradas como adquiridas o inculcadas, sobre todo a través del proceso de socialización, en donde el sistema educativo en un sentido amplio ocupa una posición central. En particular, las identidades colectivas, dado el destacado valor de cohesión social que se le imputa, suelen ser objeto de especial promoción por parte del Estado, las élites intelectuales y otros agentes sociales. En este sentido, las documentadas y sugerentes investigaciones de Ernest Gellner, Benedict Anderson o Eric Hobsbawm, entre otros autores, han contribuido enormemente a la comprensión de la relevancia del carácter histórico y del componente artificioso o inventivo en el proceso de gestación social de las identidades, sobre todo de aquellas etiquetadas con el calificativo de nacionales.

Considerar que las identidades concretas son construcciones sociales o creaciones artificiales no implica, sin embargo, tener que realizar la misma afirmación acerca del sentimiento identitario, un sentimiento humano sumamente arraigado: “Pocas cosas hay más comprensibles que la identificación con el cuerpo, con el nombre,

con la lengua, que poseemos –o que nos poseen– desde niños; pocas, más humanas que la necesidad de sentirse protegido por una comunidad, de tener raíces y creer que se comparte hasta una memoria histórica con otros semejantes”, afirma con toda razón el historiador José Álvarez Junco en su monumental *Mater dolorosa* (Taurus, Madrid, 2001, pág. 18). La necesidad de identificación con un grupo, con un lugar, con un proyecto o con una historia, de desarrollar toda una serie de vínculos y filiaciones, responde sin duda a una de las constantes antropológicas más arraigadas, tal como señaló igualmente Simone Weil en su brillante ensayo titulado precisamente *Echar raíces* (Trotta, Madrid, 1996, pág. 51): “Echar raíces quizá sea la necesidad más importante e ignorada del alma humana [...]. Todo ser humano tiene necesidad de echar múltiples raíces, de recibir la totalidad de su vida moral, intelectual, espiritual en los medios de los que forma parte naturalmente”.

Quizás debido al hecho de que responda a una necesidad ampliamente compartida, la noción de identidad es una de esas palabras comodín sobre las que se pueden generar discursos de muy distintos tenor y oportunidad. La identidad es una palabra en busca de su significado, siendo objeto de contradictorias interpretaciones y múltiples malentendidos. Entre estos últimos destaca el frecuente equívoco de vincular el término identidad a una forma de pertenencia única. Al proceder de este modo, se incurre en un grosero desconocimiento de las múltiples pertenencias que todos los seres humanos poseemos y de las mutaciones que en estas pertenencias experimentamos todos a lo largo de la vida. Esa ignorancia afecta al sentido mismo de la noción de identidad tanto en su dimensión individual como colectiva. No se trata tan sólo de un equívoco cognitivo, sino de un desvarío práctico. Mediante ese concepto compartimentado y estanco de identidad se genera un lenguaje nocivo en el que, como bien ha visto Amin Maalouf en su ensayo *Identidades asesinas* (Alianza, Madrid, 2001), predomina el antagonismo violento y sesgado del *nosotros* frente al *ellos*. En casos extremos, la pureza atribuida a la forma identitaria de un determinado grupo construida en torno a una única pertenencia sirve de expediente legitimatorio de políticas de autoafirmación y, como contrapartida, de negación del diferente. Ese tenebroso desvarío consistente en enfocar la identidad desde una perspectiva unívoca y excluyente se encuentra sin duda en la mente de quienes impulsan hechos tan repulsivos como la mal llamada *limpieza étnica* y de la que tan

desgarradores experiencias hemos tenido en tiempos recientes. Guerras fratricidas y genocidios han emanado del empozoñado manantial de una identidad así concebida: “Empieza reflejando”, como sostiene Maalouf en el mencionado texto, “una aspiración legítima, y de súbito se convierte en un instrumento de guerra” (págs. 45-46). Esta deriva indeseable es, en todo caso, una posibilidad abierta y desgraciadamente no remota, pero no toda búsqueda de la identidad conlleva esos riesgos.

Los diferentes componentes de la identidad, ya sea individual o colectiva, no son constantes antropológicas y menos aún ontológicas. En su inmensa mayoría, son elementos que van fermentando en los individuos con el paso del tiempo y con el devenir, en gran medida azaroso, de las condiciones contextuales de la vida. La identidad no se presenta de una vez por todas, sino que se va construyendo y transformando a lo largo de la existencia. Los rasgos y atributos que la componen tampoco conforman un todo inmutable y delimitado, pues su jerarquización y ordenación interna también varían con el paso del tiempo. La identidad no puede sino concebirse como una amalgama de pertenencias modificables, como un espacio de convivencia de pertenencias necesariamente entremezcladas. En mayor o menor medida, todos estamos constituidos por un conjunto de pertenencias múltiples. No existe una identidad como tal, sino una multiplicidad de pertenencias, que varían según las circunstancias biográficas. La biografía de cualquier individuo, del cualquier ciudadano, muestra la pertenencia a lo largo de su vida a diversas comunidades culturales, estilos estéticos, ocupaciones y profesiones. Si bien este carácter múltiple de toda identidad es predicable en cualquier circunstancia, en las sociedades de la modernidad tardía resulta ser la normalidad. Los textos literarios y, en tiempo más reciente, el cine, han servido para dar expresión de la multiplicidad de identidades desplegadas en estos tiempos. De hecho, en razón de la propia estructura de tales identidades, tal vez sea el lenguaje literario el que mejor dotado se encuentre para dar cuenta de este fenómeno. Como sostiene Roberto Bigazzi en el artículo que se incluye en este mismo número: “Nuestra identidad

debe mucho a la forma en la que narramos nuestra vida a los demás y a nosotros mismos, una narración que construimos a través del diálogo con los otros, en la vida o en la literatura”. Cuanto se recuerda en la vida adquiere con el tiempo, precisamente por ser recordado, un carácter narrativo, y acaba percibiéndose como un relato. Las identidades participan igualmente de ese carácter narrativo. Las ciencias sociales aportan método y datos para analizar de manera contrastada este fenómeno. La perspectiva filosófica introduce por su parte la oportuna reflexión crítica y en su variante de filosofía política presenta modelos de convivencia en el que pueda articularse la mencionada concepción múltiple y mestiza de la identidad.

El objeto de este número monográfico es precisamente contribuir a la comprensión de los plurales procesos de construcción de la identidad colectiva y de sus implicaciones en la vida social. Por ello se ha optado por la adopción de un enfoque disciplinario múltiple, que incluya y combine la aproximación filosófica, la perspectiva sociológica y la perspectiva de los estudios literarios, en un sentido amplio. Las investigaciones ahora recopiladas pretenden formar, en su conjunto, un mosaico representativo de la pluralidad de enfoques con el que se aborda actualmente esta cuestión o al menos hacerse eco de esa enorme diversidad.

La génesis inmediata de este número monográfico se encuentra en el seminario permanente que, en el marco del Proyecto de Investigación “Construcción narrativa de las identidades en la Europa multicultural” (Plan Nacional I+D+i - BFF2001-1761-C03-01), ha reunido a lo largo de casi cuatro años (2003-2006) a un nutrido plantel de investigadores de diversas disciplinas en el Instituto de Filosofía del CSIC, bajo la dirección de José María González García. Como no podría ser de otra manera, los artículos aquí compilados tan sólo pueden reflejar de manera parcial todo lo expuesto y discutido a lo largo de las intensas sesiones de dicho seminario.

Berlín, octubre de 2006